

Scholar@UPRM

La persecución como contradiscurso al orden y a la paz trujillistas en los cuentos escritos en el exilio, de Juan Bosch

Item Type	Essay
Authors	Peña, Beatriz Carolina
Publisher	Centro de Publicaciones Académicas, Facultad de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Download date	2025-02-13 05:16:05
Link to Item	https://hdl.handle.net/20.500.11801/3393

LA PERSECUCIÓN COMO CONTRADISCURSO AL ORDEN Y A LA PAZ TRUJILLISTAS EN LOS CUENTOS ESCRITOS EN EL EXILIO, DE JUAN BOSCH

Beatriz Carolina Peña

A partir del tercer relato de los *Cuentos escritos en el exilio*¹ (1962), de Juan Bosch (1909-2001), un rosario de perseguidos va desfilando penosamente ante el lector hasta la penúltima narración

¹ Juan Bosch publica a su regreso a la República Dominicana, después del homicidio de Rafael L. Trujillo Molina, sus *Cuentos escritos en el exilio* (1962). El volumen contiene doce cuentos cuya disposición en el libro responde a ciertos elementos comunes entre algunos de ellos. Los cinco primeros relatos, “Los amos”, “En un bohío”, “Luis Pie”, “La Noche Buena de Encarnación Mendoza” y “El funeral” se centran en la vida rural y, casi todos, denuncian la situación del campesinado.

El último de este grupo, “El funeral”, aunque se desarrolla en el campo, presenta rasgos diferentes a los cuatro anteriores. Los personajes centrales no son seres humanos, sino Joquito, un toro joven que resulta muerto, y el grupo de “vacas, novillas, bueyes, toretes y becerros” (Bosch 85) que acuden al lugar de su aniquilamiento para llorar la muerte del semejante desconocido. El cuento posee el elemento fantástico del desplazamiento de los animales desde lugares remotos para exhibir su dolor, aunque el realismo se impone al final cuando nos percatamos de que un campesino anciano está contando la historia a un grupo de niños. Como obra síntesis de este primer grupo, el cuento deplora la injusticia y la indolencia humana en contraposición a la solidaridad y al sentimiento de las reses: “Y el viejo campesino pensó con satisfacción en la ventaja de ser hombre. Porque ni él, ni sus amigos, ni nadie en fin perdía su sueño a causa de que en un camino real cayera muerto un señor desconocido” (87).

El segundo grupo de cuentos, seis de los siete restantes, está compuesto por “Rumbo al puerto de origen”, “La desgracia”, “El hombre que lloró”, “Victoriano Segura”, “La mancha indeleble” y “El indio Manuel Sicuri”. Este segundo grupo se inicia con un cuento que se desarrolla fundamentalmente en el mar: “Rumbo al puerto de origen”; sigue con otro que se ubica en el campo: “La desgracia”; el siguiente, “El hombre que lloró”, tiene lugar en Venezuela, principalmente, en Caracas; el otro, “Victoriano Segura”, en un pueblo; “La mancha indeleble” es un cuento urbano y, el último, “El indio Manuel Sicuri” tiene lugar en el altiplano boliviano. Estos relatos se caracterizan por geografías y problemáticas más variadas que las del primer grupo y sus protagonistas no son siempre víctimas inocentes. Particularmente, “La mancha indeleble” le concede un toque de universalidad a este grupo.

del libro.² En efecto, ocho de las doce composiciones del conjunto narran las peripecias de protagonistas hostigados. La inocencia, la entereza humana, el ansia de libertad o el disentimiento con el poder político patentizan, en al menos cinco de los ocho relatos, la iniquidad de los inmerecidos rastreos, acorralamientos, apresamientos, torturas y/o muertes padecidos por los personajes centrales.

Estas páginas intentan desmontar el complejo entramado ideológico de la persecución en esos ocho cuentos, a través de la revisión de la identidad de perseguidos y persecutores y del análisis de las causas de los asedios. Se mostrará que, casi siempre, sobre todo cuando los organismos policiales o militares perpetran el acoso, el hostigado se convierte en víctima y que ese martirio subraya el autoritarismo, el abuso de poder y la crueldad de los atacantes. Con las excepciones de “El hombre que lloró” y “El indio Manuel Sicuri”, todos los otros relatos destinados a revisión en este estudio podrían ubicarse en territorio de la República Dominicana. Así, las persecuciones, con o sin razones válidas, configuran un universo literario nefasto y adverso, contrastante con el orden y la paz proclamadas en la realidad por el dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo Molina, quien gobernó en el país de 1930 a 1961.

A partir de las características de los protagonistas y de las causas de sus padecimientos, el tema se divide en cuatro categorías: persecución del otro, persecución del fugitivo, persecución del desafecto y persecución del culpable. La primera categoría se concreta al cuento “Luis Pie”; la segunda corresponde a “La Noche Buena de Encarnación Mendoza”, “El hombre que lloró” y “El funeral”; la

² En un lugar aparte se coloca “Cuento de Navidad”, el último relato del libro y también el más largo. Se divide en seis capítulos cortos y consiste en la recreación de algunos pasajes del Génesis y del Nuevo Testamento como el nacimiento, la epifanía, la evangelización, la muerte y la resurrección de Jesús. Trata también del origen de los Reyes Magos y San Nicolás. Casi pudiera hablarse de un “Evangelio según Juan Bosch”. El cuento contiene elementos fantásticos, humorísticos y otros audaces, como la idea de que “El Señor Dios era un consumado dormilón” (246), la cual, aunque cómica e irreverente, pretende crear conciencia de la responsabilidad del ser humano en obrar su propio destino.

“Cuento de Navidad” está escrito con un lenguaje muy sencillo, en un tono marcadamente didáctico y oral. Tiene como figuras centrales a Dios y, sobre todo, a partir del tercer capítulo, a unos Reyes Magos y un Santa Claus muy humanizados. Los aspectos moralizantes, la sencillez del discurso, los elementos maravillosos, la humanización de las figuras divinas, la presencia del Niño Dios y, más tarde, de un niño indio en la frontera entre México y Estados Unidos, sin juguetes en una noche de Navidad, junto al final feliz y sorpresivo, hacen a los niños los receptores ideales de este cuento.

tercera incluye “La mancha indeleble” y “Victoriano Segura” y la cuarta, “Rumbo al puerto de origen” y “El indio Manuel Sicuri”.

Persecución del otro

“Luis Pie” propone una reflexión dolorosa sobre el problema de los prejuicios, las generalizaciones que los sostienen y los extremos de violencia a que pueden conducir. En particular, el texto enfoca la actitud negativa del dominicano hacia el haitiano, pero si se obvian los accidentes relativos a las nacionalidades, el relato trasciende hacia la discriminación como fenómeno humano.

Gordon W. Allport define el prejuicio étnico como “una aversión basada en una generalización errónea e inflexible. Puede ser sentida o expresada. Puede ser dirigida hacia un grupo o hacia un individuo por ser miembro de ese grupo” (9; traducción propia). Este concepto otorga sentido al conflicto central del texto: a pesar de su inocencia, el haitiano Luis Pie resulta acusado del incendio en un cañaveral de la República Dominicana. La imputación inmerecida y arbitraria se debe a lo que su nacionalidad representa para sus captores, a los prejuicios contra los haitianos, a su problemática otredad. Sus atacantes no vacilan ni por un momento en creer que él ha originado el incendio intencionalmente. Al atraparlo, se lanzan con certeza inexorable a sacarle a golpes la confesión de su supuesto crimen. No se le considera como individuo, sino como miembro de un grupo con atributos repugnantes.

Juan Bosch se ocupa de crear una figura lastimosa, con trazas de víctima aun antes de su desgraciada captura: un personaje solo, herido, enfermo, preocupado por llegar ante sus hijos sin madre y con hambre, que lo esperan en una choza miserable para poder comer la mezquina ración del día. La herida en el pie, impedimento para salir del cañaveral con rapidez, causa de su lentitud, debilidad y estado febril, la ocasiona su trabajo en el corte de la caña. La parte vulnerada de su cuerpo le concede su apellido. Luis Pie equivale entonces a Luis Herido, Luis Malogrado, Luis Inutilizado por la labor inclemente en los cañaverales. Pero es precisamente este personaje desdichado, incapaz de causar daño alguno en sus circunstancias, quien resulta señalado. El grupo armado en persecución del incendiario no se detiene a considerar las circunstancias de este hombre lesionado y desesperado que, acosado por las llamaradas, se arrastra por el cañaveral en busca frenética de una salida. Ante su vista, la hostilidad y el rechazo caldeados por años de generalizaciones y categorizaciones entran en marcha. Ideas infundadas, engolfadas

por emociones intensas, se imponen a la razón. En las mentes de los atacantes de Luis Pie, no cabe otro como autor del fuego. Sus voces le lanzan maldiciones; sus manos y pies, golpes.

El problema dominico-haitiano tiene profundas razones históricas. La inmigración de haitianos a la República Dominicana ha sido muy numerosa desde principios del siglo XIX, ayudada por la problemática fijación de los límites entre los dos países. Estos elementos y el recuerdo de las invasiones del pasado³ abonan el terreno para campañas de nacionalismo exacerbado, con el efecto del fomento de la hostilidad entre dominicanos y haitianos.

Pero el rechazo de República Dominicana hacia Haití se recruta con una actitud de superioridad étnica y económica. En realidad, según James Ferguson, desde una perspectiva objetiva, Haití es más pobre, insalubre y subdesarrollado que su país vecino (82). A estos motivos, convertidos por campañas de menosprecio en razones para el desdén y no para la solidaridad, se agrega la condición étnica de los haitianos, menos mestiza que la dominicana, aprovechada para proclamar las indignidades adscritas, desde la época de la colonia, a la raza negra. Se unen también las diferencias lingüísticas y, en alguna medida, religiosas, y además que, aproximadamente, “medio millón de inmigrantes haitianos viven en . . . [República Dominicana] dedicados a hacer lo que un nativo jamás aceptaría, por lo bajo de la paga y las condiciones de esclavitud en que se desarrolla” (Torres 37). Maruja Torres se refiere al terrible trabajo del corte de la caña.

Una tendencia muy común entre los ciudadanos de países con altas cifras de inmigrantes consiste en imputar a los extranjeros los problemas sociales y, peor aún, económicos de sus naciones. Este reproche se difunde y oficializa en los medios de comunicación, donde individuos con prestigio social, político y/o económico y, en consecuencia, con gran influencia en la opinión pública, manipulan la percepción de las mayorías ignorantes de las causas verdaderas

³ El 1 de diciembre de 1821, se proclamó en Santo Domingo el *Estado Independiente del Haití Español*. Se trató del primer paso hacia la independencia total de la nación. No obstante, esta Primera República duró muy poco, ya que el 8 de febrero de 1822, el presidente haitiano Boyer invadió el territorio dominicano e impuso su gobierno sobre la isla durante veintidós años. Durante la dominación haitiana, Juan Pablo Duarte y un grupo de jóvenes revolucionarios crearon la sociedad secreta La Trinitaria, cuya misión era lograr la independencia de Haití. Boyer fue depuesto el 24 de marzo de 1843 y el 27 de febrero de 1844, Ramón Mella y otros patriotas proclamaron la independencia. La joven nación sufrió durante varios años episodios convulsos debido a las constantes amenazas de invasiones provenientes de Haití y a los conflictos fronterizos por la problemática fijación de límites entre las dos naciones.

de los males de su país. Generalmente, el grupo foráneo más odiado es aquel con mayor número de inmigrantes, percibido como una amenaza a la estabilidad y al bienestar de los nacionales.

En 1937, todos estos resortes ideológicos fusionados con la efervescencia de la exaltación de valores nacionalistas, recurso muy propio de las dictaduras, configuraron un enemigo terrible o, más bien, un chivo expiatorio, al que Rafael Leonidas Trujillo Molina se propuso aniquilar con la “Operación perejil”.⁴ El genocidio se ordenaba para limpiar el territorio dominicano de un grupo humano considerado inferior, cuya naturaleza se oponía al orden, a la civilización y al progreso. El cuento “Luis Pie” se publica en 1941 (García Cuevas 69), cuatro años después de la matanza de haitianos en República Dominicana. La narración parece ser la respuesta estética de Juan Bosch ante el atroz hecho histórico.

Gordon W. Allport presenta una escala creciente de acciones negativas posibles, provenientes de actitudes y creencias discriminatorias: los comentarios dañinos; la evitación de contacto con el grupo rechazado; la discriminación, es decir, la exclusión de dicho grupo de beneficios y/o privilegios potenciales; el ataque físico y, por último, la exterminación, que incluye linchamientos, masacres o programas de genocidio como el de Hitler (14-5). En la realidad tanto como en el relato, los atacantes se valen de eventos detonadores para sobrepasar al más alto grado de actitud negativa hacia el grupo menospreciado. En 1937, el robo de ganado de unas fincas dominicanas sirvió como justificación para decretar la mortandad; en el cuento, el incendio del cañaveral cumple la función de detonante de la violencia contra Luis Pie. En este tipo de circunstancias extremas, donde ni siquiera está probada la presunta culpabilidad de los miembros del grupo discriminado, los agresores no reciben el impulso auténtico de los sucesos inmediatamente anteriores al o

⁴ Se llamó así la matanza de haitianos ordenada por el dictador después del 4 de octubre de 1937. Trujillo había viajado a Dajabón a principios de octubre de 1937 y había pronunciado un discurso donde criticaba duramente la presencia de haitianos en los territorios fronterizos de la República Dominicana y proclamaba la ilegitimidad de la ocupación de estas zonas. Se trataba de tierras abandonadas por los dominicanos desde la Primera República y paulatinamente ocupadas por haitianos de manera pacífica. Pocos días después, al parecer, a raíz del robo de ganado de unas fincas dominicanas, Trujillo ordenó la matanza. Se estima que unos 18,000 haitianos resultaron asesinados. El nombre de la operación se debió a que si el atacante no estaba seguro de la nacionalidad de la víctima, debía pedirle que repitiera la palabra “perejil”. Si la pronunciación no correspondía con la que haría un hablante dominicano, el asesinato se efectuaba.

los ataques; el ímpetu viene eficientemente proyectado por la sostenida configuración discursiva de un enemigo amenazante.

La ironía mayor de “Luis Pie” radica en que el mismo personaje causante del daño, culpa de él a un inocente. Don Valentín Quintero, el dueño de una de las plantaciones, pasa ebrio en su vehículo y arroja, inadvertidamente, un fósforo encendido al cañaveral. Alcántara Almánzar escribe: “lo que duele es que Don Valentín sea culpable y verdugo al mismo tiempo, autor del incendio del cañaveral por un descuido insensato, y acusador de primer orden” (68). El todopoderoso don Valentín refracta la imagen del dictador: culpa a un inocente del incendio originado por él mismo y moviliza peones y soldados para atraparlo; Trujillo responsabiliza a los inmigrantes haitianos de los males nacionales, debidos en verdad a su ineficaz administración, y pronuncia la orden infame de aniquilarlos. Otro reflejo del tirano es la embriaguez de don Valentín en el momento del incidente, detalle coincidente con ciertos rumores según los cuales Trujillo habría estado ebrio cuando ordenó la masacre.

El relato logra el efecto contrario al de la realidad. Funcionarios y autoridades configuraron al haitiano como un elemento despreciable, enemigo de Dios y de la patria dominicana, merecedor de aniquilamiento. En respuesta, el cuento muestra un don Valentín (nótese la sorna del nombre) vicioso y cruel: “iba al batey a emborracharse y a pegarles a las mujeres” (55); mientras insiste en la imagen de chivo expiatorio del haitiano: “Luis Pie, gimiendo, alzaba los brazos y pedía perdón por un daño que no había hecho” (58).

Persecución del fugitivo

En “La Noche Buena de Encarnación Mendoza”, “El hombre que lloró” y “El funeral”, cada uno de los tres protagonistas son víctimas de su deseo de libertad. El narrador presenta a Encarnación como un hombre de principios. Y, aunque es autor de una muerte, culpa al difunto Pomares de haber provocado a Encarnación Mendoza al faltarle el respeto. La ofensa parece inocua para el lector desvinculado del código de ultrajes del campesinado. Sin embargo, dentro del universo rural configurado por la narración, el cabo Pomares propina la ofensa con plena conciencia del impacto de sus acciones. El agravio, como medio de humillación, parece fruto del abuso de autoridad: “el cabo Pomares le faltó pegándole en la cara, a él, que por no ofender no bebía y que no tenía más afán que su familia” (68).

En este cuento existe una serie de elementos fatídicos que cercan al personaje y lo van conduciendo hacia su muerte: la madre de Mundito decide mandarlo a la bodega; la ocurrencia repentina del niño de llevar a un perrito, primer delator del fugitivo; las decisiones y los movimientos equivocados del protagonista; pero, en última instancia, el asesinato de Encarnación Mendoza representa un acto de venganza de los militares, cuyo sadismo queda retratado en el sargento Rey. Alcántara Almánzar comenta que este relato “vapulea el aparato jurídico-militar” dominicano (68).

Acentúa la crueldad de la muerte de Encarnación que las acciones del relato se desarrollan en la víspera de Nochebuena, cuando el prófugo está resuelto a pasar la festividad con su esposa y sus hijos. El sargento Rey y un grupo numeroso de oficiales y peones inician una cacería sin pausa desde la mañana hasta la tarde, cuando “un tiro certero le rompió la columna vertebral” (73). La inquina de los militares contra el fugitivo demuestra que el fin no es la justicia, sino la venganza encarnizada. El cuerpo herido y sangrante resulta acribillado sin misericordia: “recibió catorce tiros más, pues los soldados iban disparándole a medida que se acercaban” (73).

La narración no acaba con la muerte del prófugo. Los sucesos posteriores recalcan la ignominia del líder del acoso, a través del placer malsano ante su presa muerta y la índole morbosa de su infamia. El sargento Rey se ensaña contra el cadáver. Sin importar la lluvia, traslada el cuerpo atado a un burro con la determinación de “llevarlo ese mismo día a Macorís y entregarle ese regalo de Pascuas al capitán” (74). En el camino, ordena desatar al difunto para lanzarlo ante la puerta de la casucha de su familia. La esposa y los hijos de Encarnación Mendoza ven horrorizados su cadáver deformado y el lector descubre, ante la sorprendida voz de Mundito, el vínculo entre el niño delator y la víctima: “-Mama, mi mama! ... ¡Ese fue el muerto que yo vide hoy en el cañaveral!” (76).

El cuento configura un universo donde todas las fuerzas se alían al poder arbitrario de los militares. Probablemente, Encarnación no puede salvarse porque, en efecto, ha matado a un hombre. La suerte no lo acompaña y en una tan irónica como trágica contingencia, su propio niño, sin haberlo reconocido, descubre al padre ante las autoridades. No obstante, si bien el acaso nefasto acorralla al personaje como para cobrarle la muerte, la acometida brutal de los militares y, sobre todo, el sadismo del sargento Rey ponen de manifiesto que tampoco la razón ni la justicia rigen en quienes le dan alcance.

La casualidad y el desconocimiento son elementos comunes entre “La Noche Buena de Encarnación Mendoza” y “El hombre que

lloró". Este relato se desarrolla en Venezuela, durante la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez. Régulo Llamozas como militante oculto de la lucha antidictatorial tampoco puede ver a su familia. Desde su escondite caraqueño observa, de manera furtiva, a un pequeño residente de la vivienda del frente que juega con su cachorro y su bicicleta. La vista del niño alegre y dinámico le devuelve el contacto con una vitalidad cotidiana, alejada de él en su condición de prófugo.

La tragedia de Régulo Llamozas es su vida clandestina, apartada de sus seres amados; su verdugo, la dictadura militar. En el cuento, el personaje ya conoce el exilio y se ve en la necesidad de desterrarse de nuevo hacia Colombia para conservar la vida y continuar la lucha política. A lo largo del texto asoma el temor del protagonista y de sus compañeros de ser descubiertos o atrapados por la Seguridad Nacional, la policía del régimen perezjimenista.

Un final sorpresivo surge cuando, a partir de la conversación con uno de sus compañeros en el vehículo donde viaja, el personaje advierte que el niño juguetero, observado aquella tarde desde su escondite, es su hijo y que en la casa ubicada frente a ese refugio, finalmente abandonado por él, vive su esposa. El cierre circular (el cuento comienza y finaliza en el momento del llanto de Régulo) revela el desgarramiento de un hombre fuerte, valiente y comprometido con la lucha política, al darse cuenta de su incapacidad para reconocer a su propio hijo, debida al tiempo pasado lejos de su familia.

Por otra parte, las reflexiones románticas de Régulo Llamozas sobre la patria y el hombre exiliado "se podría sugerir que revelan los sentimientos de Bosch mismo quien ha conocido el exilio y el sacrificio personal ante el compromiso revolucionario" (Fernández Olmos 114). El contexto político en el que se inserta la historia de este rebelde venezolano, la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), no es, esencialmente, diferente al que empujó a Juan Bosch al exilio. Resulta fácil identificar el desgarramiento y las intenciones del personaje, quien, al parecer, desea continuar la lucha desde el exilio, con las circunstancias, entonces reales, del escritor.

"El funeral" presenta también un protagonista en lucha por su libertad. El texto opone la figura libre y juguetona de Joquito, un toro joven, a la autoritaria y violenta de don Braulio, quien representa el poder en la narración. La voluntad del toro es permanecer libre y sus correrías constituyen modos de mantener su libertad. Su actitud no parece belicosa hasta que tropieza con los perros; entonces se

detiene y lanza “un bramido retumbante”, pero no ataca. La embestida surge después de que don Braulio “diciendo algunas palabras bastante puercas se adelantó hacia el animal” (80). Una imagen recurrente en la narración es el júbilo del toro cuando se ve trotando a campo abierto, sin cercas limitantes de sus movimientos. Obviamente, la violencia no se encuentra en su naturaleza; sólo se torna amenazante como respuesta al acorralamiento.

El patrón parece paciente; no obstante, su aguante se descubre como obra del orgullo. La rebeldía del animal se convierte en un desafío a su autoridad y atraparlo vivo, en un asunto de hombría: “—¡Ahora veremos si somos hombres o qué! —gritó don Braulio” (81). En contraste, el narrador insiste en la imagen pacífica de Joquito: “Apareció el toro, pero no con espíritu agresivo; ramoneaba tranquilamente a lo largo del camino, moviéndose con la mayor naturalidad . . . no quería luchar; sólo pedía libertad para correr a su gusto y para comer lo que le pareciera” (82). Constituye un aspecto de relieve que en el toro no surge el deseo de salir del potrero sino cuando las vacas, sus compañeras, son sacadas de allí.

Encarnación Mendoza, Régulo Llamozas y Joquito sufren padecimientos comunes: aislamiento y añoranza de sus familias. A Encarnación Mendoza lo pierde ese deseo. Ni éste ni el rebelde venezolano pueden estar con los suyos por su condición de prófugos; Joquito se convierte en tráfuga porque no le permiten estar con las vacas. Al fugarse, los tres desafían el poder. Régulo Llamozas logra evadir a sus enemigos, pero Encarnación y Joquito acaban víctimas de muertes encarnizadas. Dispuesto a demostrar su imperio sobre el elusivo toro, don Braulio se lanza, temerariamente, hacia él con el resultado de la muerte de su caballo; finalmente, dispara. La rabia del hombre de verse estropeado por el toro, además de la refriega asumida como un reto a su hombría y a su autoridad, le impulsan a ensañarse (como antes los militares con el cuerpo de Encarnación Mendoza) con el cadáver del animal: “—Desuéllelo ahí mismo” (83).

Persecución del desafecto

Dos cuentos cuyos protagonistas sufren persecución debido a su condición de sospechosos o desafectos al régimen o al partido son “La mancha indeleble” y “Victoriano Segura”. El primero narra el origen del estigma de un personaje que, luego de entrar a un recinto, se horroriza por la exigencia que allí le hacen de entregar la

cabeza y, acto seguido, decide huir; el segundo es la historia de un personaje perseguido por la policía y rechazado por sus vecinos.

En una entrevista concedida a Fernández Olmos, Juan Bosch afirma que escribió “La mancha indeleble” pensando en un amigo suyo, arrepentido de su militancia en el Partido Comunista (168). Sin embargo, la anécdota de este cuento (por cierto, la única del volumen narrada con la perspectiva de una primera persona protagonista) tiene similitudes con la vida política agitada y controversial del autor.

A pesar de que Juan Bosch sufrió presidio, se fugó de su país en 1938 y “desde el exilio, repudió y combatió militantemente la dictadura que anticipadamente había anunciado en 1929” (García Cuevas 23), no ha faltado quienes lo señalen como colaborador de la tiranía. Incluso, en su estudio de *La Mañosa*, Eugenio García Cuevas explica que algunos intelectuales dominicanos han interpretado la novela como una apología del régimen (24).

Al parecer, antes de su exilio, Juan Bosch se había visto en la necesidad de jugar con las reglas establecidas por el sistema gubernamental. Después de la salida de sus padres del país, debió afiliarse al partido de gobierno. Según consta en una carta en la que T. Piña Chevelier intercede por Bosch ante Trujillo Molina, el escritor

. . . se afilió al Partido Dominicano, en agradecimiento a la atención que ud gastó con su mamá i demás familiares. Cuando ellos se ausentaron del país, él creyó tanto en ud. i en mi como su leal cooperador, que se quedó aquí con la idea preconcebida de servir al gobierno con la lealtad que le es inherente a hombres de su carácter” [sic] (García Cuevas 48).

Aunque su vida, quehacer intelectual y práctica política demuestran la desafección de Juan Bosch al gobierno de Trujillo Molina, probablemente, esa inscripción en el Partido Dominicano haya sido su “mancha indeleble”.

En enero de 1934, el régimen de Trujillo Molina apresa y encarcela a Juan Bosch bajo sospecha de participación en un complot contra el gobierno. Después de contraer el paludismo, resulta liberado de la prisión, gracias a la intervención de otro escritor, César Herrera. En enero de 1938, mientras ocupaba un cargo en el Departamento de Estadística de su país y después de que el dictador le ofreciera una posición de Diputado en el Congreso, Juan Bosch sale de la República Dominicana “con la excusa de llevar a su esposa a Puerto Rico a recibir tratamiento médico” (García Cuevas 65). El escritor huye porque rehúsa abandonar sus convicciones políticas para ponerse al servicio del régimen.

Una analogía entre las situaciones del personaje y del autor de “La mancha indeleble” emerge de la renuncia a entregar la cabeza y la consecuente huida: en el cuento, el protagonista, impregnado de terror, huye del salón lujoso cuando, al recibir la orden de quitarse la cabeza, sopesa que ese acto significaría una vida ausente de sí mismo; en la realidad, Juan Bosch abandona la oferta del dictador de convertirlo en diputado del gobierno y se fuga al exilio. La aceptación hubiera significado la renuncia a sus ideas, cuya metáfora en el relato podría equivaler a la entrega de la cabeza.

Al final de “La mancha indeleble”, después de su encuentro con dos desconocidos, el protagonista expresa sus terrores: “El miedo me hace sudar frío. Y yo sé que no podré, librarme de este miedo; que lo sentiré ante cualquier desconocido. Pues en verdad ignoro si los dos hombres eran miembros o eran enemigos del Partido” (157). Lógicamente, la razón por la cual el personaje desconoce si aquéllos son integrantes o contrarios al Partido, es porque desde ambos grupos la actitud hacia él es acusatoria: los miembros lo tildan de desertor y los adversarios lo acusan de haber estado afiliado. Se trata, entonces, de una doble persecución, sin otra salida que el aislamiento.

Otro personaje aislado es el protagonista de “Victoriano Segura”, a quien el acoso de las autoridades convierte en un enemigo de su vecindario. Las detenciones constantes de Victoriano y su vida misteriosa de puertas adentro construyen una imagen equivocada del personaje, quien se redime y gana el respeto de sus vecinos gracias a que salva, heroicamente, del fuego a una anciana parálitica.

Las causas de la persecución policíaca de Victoriano Segura no están claras en el texto. Sin embargo, su constitución recia, valentía, seriedad y espíritu de sacrificio hacen suponer que la lucha contra el régimen podría ser un motivo. Al final del relato, el narrador, quien sí dice ser víctima de presidio político, lo encuentra en la cárcel. Aunque la causa del encierro también queda en el misterio, el narrador se empeña en demostrar la estatura humana de Victoriano Segura.

El descubrimiento de la enfermedad de la suegra al final del cuento, levanta, en parte, el velo de misterio del personaje y explica el celo excesivo de su privacidad. La vida aislada de Victoriano se manifiesta entonces como una protección de la madre leprosa de su esposa, de quien se responsabiliza en silencio hasta la muerte de la enferma. El cuento narra la llegada misteriosa y nocturna de la familia que, aunque no se dice, probablemente ya huía de conflictos en otros lugares donde la afección se habría convertido en una presunta amenaza para la comunidad.

La lepra ha sido desde siempre una de las enfermedades más temidas en todo el mundo. El estigma ligado a este mal ha causado a los afectados ser rehuidos por familiares, amigos y por la sociedad en general. En Europa, durante la Edad Media, por ejemplo, las personas con lepra eran declaradas muertas y condenadas a la desaparición después de presenciar su propio funeral y enterramiento simbólicos. Confinados a las leproserías o, sin refugio, los enfermos no tenían más remedio que vagar y pedir para poder sobrevivir. Sin embargo, su paso por las calles no era libre y debía ser advertido por una campana tañida por los mismos contagiados.

Victoriano se convierte en el texto en un protector de los estigmatizados, porque la anciana musulmana a quien salva del incendio lleva también consigo el peso de ser diferente en una sociedad mayoritariamente católica. La gente del pueblo achaca su parálisis a un castigo divino por sus creencias religiosas distintas. En este sentido, también abona el rechazo de Victoriano de la oferta del narrador de ir a visitar a su esposa enferma: “No vaya. Su mamá perdió la nariz y tal vez ella la pierda también. Usted la conoció cuando era bonita. Si usted la ve ahora con mi consentimiento, es como si la viera yo” (149).

Los protagonistas de “La mancha indeleble” y “Victoriano Segura” transparentan el miedo de quien no puede apoyarse en los otros sin penetrar en la insegura región del estigma. Se saben diferentes y desean proteger esa individualidad aun a costa de su aislamiento y de la desconfianza flameando en los ojos ajenos. En estos cuentos, la mancha indeleble y la lepra producen efectos análogos: desasosiegan a quienes las padecen tanto como a los extraños.

Persecución del culpable

En “Rumbo al puerto de origen” y “El indio Manuel Sicuri”, los perseguidos tienen culpas verdaderas y, sin embargo, no son ajusticiados por organismos del estado. Fuerzas sobrenaturales atormentan a Juan; y el indio Manuel Sicuri castiga al ladrón y violador Jacinto Muñiz.

El protagonista de “Rumbo al puerto de origen” recibe un castigo divino aterrador por la violación y asesinato, veinte años atrás, de su hija de nueve años. Para el momento de la narración, ya había cumplido veinte años de cárcel. Pero la justicia humana no causa la contrición profunda de Juan de la Paz, sino fuerzas sobrenaturales implacables que le envían una cadena de sufrimientos atroces hasta verlo reducido y arrepentido: cae al mar; pierde su embarcación;

duramente sobrevive y se desplaza hacia un cayo; allí marcha varias horas dentro del agua impregnada de petróleo, lodo y otros elementos que le dificultan la marcha; el sol y el petróleo se encargan de quemarlo; a las quemaduras atroces siguen otras penurias como los ataques de los comejenes. Ante todos estos tormentos, desesperado y rendido, Juan de la Paz pide perdón al cielo de rodillas y hace acto de contrición.

Juan de la Paz tiene otra hija, Emilia. Precisamente, su caída al agua sucede cuando trataba de atrapar una paloma para ella, mientras pensaba en el abrazo y tal vez el beso de agradecimiento de la niña. El texto sugiere la posibilidad de que el personaje atente contra Emilia: “había cometido un crimen espantoso . . . a nadie le constaba que no fuera capaz de cometer otro” (102). La aparición providencial de una paloma en pleno mar abierto con las consecuencias terribles que su intento de atraparla trae para Juan, salvan, al parecer, a esta otra niña de los instintos malsanos del padre.

En “El indio Manuel Sicuri”, el indígena aimará pobre y solitario que da albergue al bandido Jacinto Muñiz y lo esconde de sus persecutores, se convierte en su acosador una vez que éste viola a su mujer embarazada y escapa. El texto se demora en la agónica persecución del aterrado y vicioso Muñiz, mientras el hacha afilada de Sicuri se acerca implacablemente a asestar su venganza. Para Manuel Sicuri, desde la perspectiva de su propio código de justicia, la muerte a hachazos que propina al bandido es justa, porque considera que ha matado a una fiera, ladrón además de su inocencia de hombre confiado y caritativo.

La pluma proscripta de Juan Bosch se asienta en varios lugares, pero la mayoría de sus *Cuentos escritos en el exilio* pretende reflejar la realidad dominicana, sobre todo campesina, por él conocida. Una atmósfera de crueldad, peligro, inquietud y miedo es auspiciada por las fuerzas policiales en varios de los textos. La conformación de víctimas desmiente el bienestar colectivo.

Al discurso oficial de Trujillo Molina contra los haitianos, “Luis Pie” opone un personaje mártir del trabajo en los cañaverales, de la pobreza y de un grupo al que cree sus salvadores; ante las proclamas de justicia y libertad, “La Noche Buena de Encarnación Mendoza” y “El funeral” oponen el asesinato despiadado, y “El hombre que lloró” recrea el desgarramiento del hombre en el exilio. “La mancha indeleble” y “Victoriano Segura” revelan la soledad del sospechoso. En los dos últimos relatos vistos, el castigo de auténticos

antisociales, irónicamente, no proviene de las autoridades, lo que parece cancelar la validez de la justicia oficial.

Perseguidos, muchos inocentes, otros culpables, se deslizan sudorosos, enfermos, apesadumbrados, solitarios, angustiados, iracundos y/o o presas del sobresalto, a veces erguidos, otras, agazapados, por estas páginas de Juan Bosch. Habitan un universo arbitrario y feroz donde la palabra soez y el acero implacable esgrimen su dominio y hasta el aire se torna duro y frena el avance. El prejuicio, la intolerancia, la injusticia y la venganza suelen ignorar la inocencia, el ansia de libertad, la entereza de espíritu o la justicia institucional. Cuando la policía o la milicia son los acosadores, sus agresiones se hinchan para afinar los trazos de víctima de los perseguidos. El martirio ocasional, sufrimiento último del hostigado después de la agonía de una zozobra sin tregua, recrudece el autoritarismo, el abuso de poder y la ferocidad de los persecutores. Así, la atmósfera hostil de estos cuentos deviene un contrasentido literario a las promesas de orden y paz con las que el tirano Trujillo Molina, y otros dictadores latinoamericanos, han embelesado en la realidad los oídos esperanzados de sus crédulos seguidores.

Beatriz Carolina Peña
Bernard Baruch College of CUNY
Estados Unidos de América

Obras citadas

Alcántara Almánzar, José. *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1984.

Allport, Gordon W. *The Nature of Prejudice*. 25 ed. Massachusetts: Addison-Wesley, 1979.

Bosch, Juan. *Cuentos escritos en el exilio*. 18 ed. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1989.

Ferguson, James. *Dominican Republic: Beyond the Lighthouse*. Latin American Bureau, 1992.

Fernández Olmos, Margarita. *La cuentística de Juan Bosch. Un análisis crítico-cultural*. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1982.

García Cuevas, Eugenio de J. *Juan Bosch: novela, historia y sociedad*. San Juan: Isla Negra, 1995.

Torres, Maruja. "Haitianos: el otro infierno". *El país semanal* (1989): 28-46